

Que tu puñal dará rosas
a todos los bandoleros,
tendrás para las mujeres
un desdén de caballero,
para los Bastos y Espadas
mano ausente y duro ceño».

Tal vez ha caído la tarde y es esta la hora en que despiertan los poetas. Entonces Ud. puede despertar, Mila, y en el corto espacio de nuestro mundo, advertirme.

Volveré lentamente a través de sus flores nuevas y hermosas y en el umbral me volveré para cerrar la puerta de su casa blanca, donde se apoya su rostro, guardián de sus sueños.

Muy en voz baja, «hasta luego».—CHELA REYES.

■ <https://doi.org/10.29393/At210-11CTFU10011>

LAS CABEZAS TROCADAS, por *Thomas Mann*

La persistencia de los temas y personajes es una característica preponderante de la novela contemporánea; Proust, Joyce, Huxley, Pérez de Ayala y Baroja realizan ampliaciones y repeticiones cuya variación estriba solamente en un aumento de la edad y experiencia del mismo novelista. Todos ellos son susceptibles de disección hasta arrancarles un sistema fijo de la acción y del pensamiento, casi una estructuración científica.

Esta conjetura sobre la novela contemporánea tiene una curiosa y elocuente comprobación en el caso de Andrés Malraux que de una guerra civil en China salta a una guerra civil en España y en el intertanto sólo logra publicar mediocres escauceos novelescos o periodísticos.

La parsistencia de Thomas Mann es tan proverbial que sus libros resumen un hálito intuitivo de vida con síntomas y perfiles de verdadera metafísica. Elementos sutiles y profundos

han ido creándole a su obra un verdadero apartado al cual no se acercan los críticos sino los prologuistas y propagandistas. Esta es la verdad y el fenómeno ha hecho crisis con la aparición de «Carlota en Weimar», libro denso y abrumador por su intensidad, cuyas insinuaciones sobre los temas extremos como el arte y la vida a través de un hombre culminante y simbólico requieren verdaderos tratados de explicación. En Goethe se juntaron todas las posibilidades europeas orientadas en un sentido casi religioso y sobrenatural: una religión de la vida como única creación maestra del arte. Es una labor de salvataje que se practica sobre el alud vital y poético del genio alemán y que sólo Ortega y Gasset había conseguido con éxito hasta el momento.

Esto de ingresar al hombre de Weimar a una novela y presentarlo como personaje existente en sus múltiples facetas de artista, poeta, geólogo, hombre de amor; y en una intimidad más peligrosa e inquietante como el despertar de ese anciano pletórico y fluyente una mañana cualquiera en la pequeña corte alemana, sus retorcidos deslices mentales, sus reticencias, alguna limitación substancial y doméstica del genio, su almuerzo con Carlota el famoso amor de la perdida juventud Wertheriana, etc., es cuestión batallona y desproporcionada, pero tal vez no tanto para un alma y una mente tranquila, vigorosa y seguramente tan perturbadora como la del titán de las letras alemanas. El genio de Thomas Mann, perturbador y bien informado (cualidad esta última ajena a toda genialidad) ha conseguido esa novela europea por los cuatro puntos cardinales, sin exclusiones ni soslayos y con asombrosa maestría.

El lector de Mann habrá recibido con alguna sorpresa un libro tan inesperado. Hasta este momento su producción no admitía paralelos en el septentrión contemporáneo, su avanzada edad prometía un debilitamiento creador, pero nunca una novela de élite que codeándose con sus creaciones más altas las

supera en conclusiones ideológicas alumbrando con los potentes focos del alma Goethiana la clave de su propio pensamiento.

Por si fuera poco aparece ahora el libro «Las Cabezas Trocadas», que es uno de los muchos apéndices posibles y necesarios a la novela «Carlota en Weimar». Su tema es el tríptico *Seducción, Amor, Pecado*, motivo antiquísimo que aparece fugazmente en las inquietudes Goethianas y que Mann incorporó desde sus primeras novelas: aparece en «Montaña Mágica», «La muerte en Venecia», «Alteza Real», «José en Egipto».

La leyenda es hindú. Tres los personajes. Uno el Dios.

Chridaman el que leyó los Vedas y se ha quedado con el conocimiento de las esencias, pero al mismo tiempo está sujeto al deslumbramiento más fácilmente y con mejor disposición que quienes lo han hecho. Nanda—el amigo— «hijo de Samsara y de la vida absorta en sí misma y que no pertenece a las almas que anhelan salir a flote del océano de llanto y risa como se alzan los lotos sobre la corriente y abren al cielo sus corolas». «Nanda al que le va muy bien en lo *profundo*, poblado de formas y máscaras que andan entrelazadas».

Nanda y Chridaman son seres clásicos de la existencia que al *observar* sus diferencias se «conmueven». *Estando de viaje un día estos dos seres, estas direcciones paralelas de la vida «ven a la que marcha hacia el baño»: «¡Chridaman, hermano, levántate despacio y mira éso!». «Ella no nos ve, pero nosotros la vemos a ella». Era Sita, hija de Sumantra, de la aldea «Hogar del Bisonte».*

Thomas Mann con los tres elementos a punto inicia el drama fatal y complicado que se cumple obstinadamente en un clima de *Amor, Seducción, Pecado*. El escritor alemán es hijo de brasileña y su abuela era española.

Tal vez esto tenga concomitancia con las descripciones soledadas y epicúreas que ofrece siempre de sus mujeres preferidas: Madame Chauchat, Mut, la mujer de Putifar y esta Sita, hindú que en las ceremonias festivas de la primavera fué levanta-

da hasta el Sol por los brazos de Nanda el robusto. «El encanto de su cuerpo era deslumbrante. Estaba como hecho de Maya, y tenía el más delicioso tono de color, ni demasiado oscuro, ni demasiado blanco, más bien como de bronce tirando a oro, y soberbiamente formado según los pensamientos de Brahma; con los más dulces hombros infantiles y caderas deliciosamente trazadas que daban una amplia superficie al vientre; con nacientes pechos de virginal rigidez y un trasero de ostentosa prominencia, que se rejuvenecía más arriba en una espalda muy delgada y graciosa, elásticamente curvada ahora que había levantado los brazos de liana y mantenía enlazadas las manos tras la nuca, de modo que se habrían, oscuras, sus axilas. Lo más impresionante en el conjunto y lo más adecuado al pensamiento de Brahma era, sin perjuicio de la dulzura de sus pechos que ganaban el alma a la vida de las realidades, la unión de ese trasero maravilloso con la esbeltez y elasticidad juncal de la espalda de hada, producida y posibilitada por el otro contraste entre la saliente curva de las caderas, tan digna de loa, y la linda contensión del talle, encima de ella».

Una vez señalamos el alcance de esta floración de carne femenina cuando encuentra la vista del hombre adecuado como en el caso de José, hijo de Jacob y de Hans Castorp, hijo y representante de la Europa burguesa. En «Las Cabezas Trocadas», son los jóvenes Chridaman y Nanda que se han dividido los dones permanentes de manera que si Chridaman tiene la cabeza del esposo, Nanda posee el cuerpo del amigo que merece ser el cuerpo del esposo.

La confusión se acentúa con el casamiento de Chridaman y Sita y las preferencias post-matrimoniales por el cuerpo de Nanda. Por un milagro de la Diosa Durga Devi, la madre de los mundos, se une la cabeza del esposo con el cuerpo del amigo y la cabeza del amigo con el cuerpo del esposo. El resto se podría resumir como interinflujo psíquico-fisiológico.

Thomas Mann continúa hermético su laberinto literario de mito y *Amor, Seducción, Pecado*. No existe la pasión alegre, sencilla y burguesa. El amor es un Dios pecaminoso: «Pecad y seréis como Dioses».

Sita se introduce a la llameante pira que consume los cuerpos de los dos amigos esposos, como la viuda de la cabeza brahamánica de Chridaman y del cuerpo vigoroso de Nanda, Thomas Mann, previene discretamente al lector: «La historia de Sita—hija de Sumantra, un criador de vacas descendiente de guerreros—y de sus dos esposos (si así puede llamarse) exige del que la escucha—¡tan sangrienta y perturbadora es!—una suma fortaleza de ánimo y capacidad para hacer frente con el espíritu a las crueles prestidigitaciones de Maya. Sería deseable que el oyente tomara ejemplo en la firmeza del narrador, pues casi hace falta más valor para relatar una semejante historia que para recogerla. Desde el comienzo hasta el fin sucedió como sigue:

Está bien, pero el asombro es patrimonio de la juventud «y el asombro crea admiración».—FERNANDO URIARTE.



Y AQUÍ VIVEN ENTRE NOSOTROS, por *Elemér Miklós*

El escritor húngaro señor Elemér Miklós, radicado desde hace no mucho en nuestro país, nos ofrece en este libro veintisiete relatos emocionantes sobre dolores y desgracias de víctimas y perseguidos del nazismo en la guerra actual.

El carácter de la obra lo indica el autor mismo desde un principio en su sentida Dedicatoria. Dice ahí:

«Con cariño y confianza ofrezco este libro sin mayores pretensiones a los lectores sudamericanos, con cariño en esta época del odio, con confianza en los días de incomprensión. Los breves cuentos presentados aquí tratan todos el mismo asunto; la